

INFORMACION BIBLIOGRAFICA

Michele Federico Sciacca: "ONTOLOGIA TRIADICA E TRINITARIA (*)

No es nada fácil presentar este libro del profesor Sciacca, ilustre representante del pensar metafísico de nuestro tiempo. Primero, por la dificultad misma del tema que trata: el de la razón última de todas las cosas o Principio primero de donde todo procede y por quien todo se explica, tratamiento que compromete con la más alta especulación metafísica; segundo, porque el «filósofo de la integridad» acepta el compromiso y lleva a cabo su obra de especulación sobre el Ser y los seres con un vuelo metafísico tan alto y vigoroso y un rigor dialéctico tan sutil que sólo los muy avezados a este género de abstracción y razonamiento pueden seguirle.

No obstante, puesto en el trance de tener que decir algo sobre el libro, comenzaré por decir que ni la dificultad del tema ni la subida manera con que es tratado hacen que el libro resulte árido ni empalagoso, pues el profesor Sciacca tiene el don de saber decir con gracia y amenidad lo que de suyo es frío rigor de raciocinio; y, además, la ascensión a las cumbres cimeras de la metafísica la sabe hacer apoyado en el báculo de la historia; por donde su pensar metafísico es al mismo tiempo examen crítico de los más altos genios metafísicos, y la especulación le sirve para ponerse en un *estado de contemplación* (theoria), propio del que «se para para ver», y desde lo alto hacer juicio de lo que acontece en la llanura de la tradición y las instituciones, consolidando lo bueno hecho y asegurando el acierto en lo que queda por hacer. De ahí las frecuentes referencias a la problemática vital y religiosa hoy en boga, en la que muchos se embarcan ayunos de metafísica, quedando por consiguiente en meros cronistas de lo particular o coleccionadores del dato; razón por la cual, sin duda, hoy la religión y la teología se pagan tanto de la sociología y la estadística y hacen poca cuenta de la metafísica y la Revelación.

En su vuelo metafísico, Sciacca demuestra que sólo el Ser creante

(*) Michele Federico Sciacca: *Ontologia triadica e trinitaria*. Marzorati-Editore-Milano, 1972.

o el principio de la *creatio ex nihilo*, que la metafísica debe a la revelación judeo cristiana, explica satisfactoriamente lo que *es* el ser del Ser por excelencia, y lo que *tienen* de ser los demás seres. Sólo ese principio hace por un lado que el Ser sea trascendente, infinito, eterno, inmutable en sentido propio, absoluto, independiente, y de distinta sustancia que la del mundo, sin necesidad alguna de crearlo; y, por otro, que el ser creado finito sea un ser *distinto* del Ser; por tanto, *su* propio ser. Sin la *creatio ex nihilo* la relación entre el Ser y los seres, la distinción entre el Ser-Causa primera y el mundo-efecto no se mantiene. Porque uno de los términos de la relación se resuelve en el *no ser* frente al Ser, que sólo de verdad es. Lo finito no es más que lo que *no es* el Ser; no se trata de *otro ser*, sino de una degradación o decadencia del Ser, que, por otra parte, queda comprometido en su misma esencia de Ser, pues se degrada en los seres que de él derivan *necesariamente*, a modo de generación o emanación. Siendo Uno y otros de la misma sustancia, ni la alteridad se salva, ni la perfección del Infinito tampoco.

«En las metafísicas no creacionistas el mundo o lo múltiple ordenado no es más que una determinación del Ser; de donde se sigue que el mundo es el mismo Ser con su orden variamente determinado; lo que equivale a decir que «los muchos no son» y sólo es el Ser con su orden. Pero así se pierde también el Ser, por la sencilla razón que no puede no determinarse, no hacerse muchos, no evitar la «degradación» o degradación de sí mismo en lo finito y lo múltiple». Por eso en las metafísicas no creacionistas el Ser como principio metafísico es concebido a modo de Causa primera generante o emanante lo finito, con más apariencia de ser que realidad de ser. Pero por eso mismo, la concepción metafísica del Ser infinito resulta absurda, perdido como queda, tal ser, en la condición de los seres finitos, que son de la misma sustancia que el Ser. «En consecuencia sólo la metafísica creacionista puede darnos «automáticamente» el ser de lo finito, en su concreción individual y total, y el Ser, principio absoluto, en su «autosuficiencia». Como sólo esta metafísica explica razonablemente la dialéctica metafísico-ontológica entre el Ser y los seres, y la posición de éstos frente a la nada y el Principio primero.

Como dice él mismo en el «preliminar» a su libro, las filosofías no creacionistas, puestas frente al problema del Principio o de Dios, se ven abocadas al fallo, porque sin el principio de creación no hay verdadero teísmo; sobre él, asumido filosóficamente en toda su originalidad, descansa o pierde pie «la verdad» del pensamiento y la realidad (p. 13). Esas filosofías resuelven el Ser=Dios en pura realidad cosmológica, típica de los seres del universo, resultando así metafísicas sin ontología. El mismo Aristóteles, con ser la cum-

bre de esas metafísicas no creacionistas y habernos dejado conceptos metafísicos de perenne validez, no pudo, con su concepción del Ser Motor inmóvil y Causa primera eficiente, superar esta aporía, ya que para ese Motor inmóvil mover el cosmos es su necesidad y es su esencia, y la Causa primera eficiente está necesariamente unida al cosmos y no lo trasciende en cuanto «otro» y como lo que puede existir sin el mundo; sólo se distingue de éste porque carece de la imperfección de la potencia. Peor todavía van las cosas con las metafísicas posteriores, incluida la más alta, que es la de Hegel.

En el capítulo II de su libro, Sciacca analiza sutilmente las relaciones entre el Creador y lo creado, para hacer ver que, comulgando en un mismo concepto de existencia puramente abstracta, son, sin embargo, en realidad radicalmente distintos, pues Dios tiene un ser o por mejor decir, no *tiene* sino que *es* con un modo de ser exclusivamente suyo, de ser Infinito, mientras los demás seres son finitos, y, más que ser lo que son, *tienen* el ser que participan. Para ello le sirve el concepto de analogía.

Y nota que mientras el concepto de Causa parece propio de las metafísicas no creacionistas, el de Principio es el propio de la creacionista. Aquel es un concepto excesivamente cosmológico, mientras éste es más metafísico y de apertura personalista. Por otra parte la libertad e independencia del Ser se salvan mejor en el concepto de Principio, pues la causa en cuanto causa difícilmente puede evitar la necesidad intrínseca de producir el efecto.

La libertad y la bondad de la creación se prueban y estudian en el capítulo III, con tanto de saber metafísico como teológico, resolviendo maravillosamente, sobre base metafísica, la objeción contra la bondad de Dios y del mundo por la existencia del mal, que no es más que una *defectio* en modo alguno imputable a Dios, y muy natural en un ser finito.

El Capítulo IV va contraseñado por la temática que da título al libro, se titula en efecto: «El ser triádico e trinitario». El ser creado y finito tiene su máxima expresión en el hombre, una unidad constituida por las tres formas del ser, plenamente ser y plenamente determinado. «Cada ente finito, inteligente, es constituido *uno-triádico* por el acto divino creativo. La ontología humana es triádica y como tal dialéctica, pues son dialécticas las tres formas que constituyen al hombre *uno* en la unidad-distinción de ellas y en relación con los demás seres existentes y con los reales, en el complejo de sus relaciones y en la relación al ser creante» (p. 92). Sólo desde el Ser-Principio al Ser-Fin es metafísicamente comprensible el hombre, siendo imposible en una metafísica creacionista el «humanismo» antropocéntrico, que hace al hombre fin de Dios.

Una auténtica antropología natural se funda sobre la metafísica y la reclama, cuyo objeto más alto es el Ser que crea, Principio y fundamento de la ontología humana o del ser del hombre, *uno* y *triádico*, y total o *integralmente* en dependencia y relación a Dios. Y en sola esta antropología especulativa o metafísica tiene explicación cabal la realidad individual del hombre y su proyección social. Como también en esta antropología se inscribe la sola *fundada esperanza* del hombre, esperanza que es esencialmente «memoria» o conciencia de su Principio y de su Fin, pues en el Principio se reconoce destinado hacia la Fuente. «Sin esta memoria ontológica y teológica, presente continuo del acto creativo y nostalgia de la perfección de origen, recuerdos, presencias y esperanzas nacen muertos» (p. 94).

Lo trinitario en el Dios Uno es concepto que pertenece más a la Teología que a la Metafísica; «la metafísica contempla a Dios como Principio creante; la teología en sentido propio lo contempla como Revelación por parte de Dios mismo», cuya expresión definitiva o suprema está en Cristo, por quien el misterio trinitario nos fue dado a conocer.

Y es en este último y más largo capítulo donde Sciacca despliega toda la profundidad y bizarría de su ingenio, batiendo a un tiempo el ala de la especulación filosófica y teológica, para darnos una como ONTOLOGÍA ANTROPOLOGICA a nivel especulativo, desenvuelta contemporáneamente sobre los dos planos, distintos y al mismo tiempo inseparables: el metafísico y el teológico, y afrontando simultáneamente el problema de la *salvación*, coincidente con el de la *esperanza*, para probar que sólo el principio de creación pone cimiento al *ser de lo finito* y que por consiguiente sólo ahí está implicada la voluntad salvífica de la criatura por parte del Creador. Magníficas las reflexiones de Sciacca sobre el reflejo trinitario en la unidad triádica del hombre y sobre la «inhabitación» del Espíritu y la Trinidad en el cristiano.

En conclusión, juzgamos este libro del profesor Sciacca una síntesis filosófico-teológica, centrada sobre los puntos capitales o cimientos de la filosofía y la teología, a los que el autor llega con un aliento metafísico impresionante, un rigor dialéctico incuestionable y sin que el vuelo por las alturas de la abstracción le hagan perder contacto con la realidad de la historia y de la vida. Con razón ha sido saludada esta obra de Sciacca como un exponente metafísico-teológico impar en lo que va de siglo.

BERNARDO MONSEGÚ, C. P.